

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA
COLECCION DE FOLKLORE

MENDOZA

96

VILLA SAN MARTÍN

Maestro NICOLAS OROZCO

Escuela Nº 17

Fojas 6

OBSERVACIONES

56 94

1

FOJA EN

BLANCO

2
MBCA

X Tradiciones Puntanas

El Sargento Molina

Nadie ignora que la Cruzada Libertadora del general Lavalle produjo un estallido en toda extensión de la república, y en todas partes los buenos liberales respondieron con movimientos armados, para derrocar en las provincias algún seide del tirano.

En San Luis, el 11 de Noviembre de 1840, Don Eufrazio Videla promovió la revolución a Don Romualdo Arce y Baldes, — delegado del gobernador José Gregorio Calderón. — sumiso teniente de Don Juan Manuel de Rozas.

El fraile Aldas, gobernador de Mendoza corre en auxilio de los depuestos, y el encuentro de los ejércitos tiene lugar en la Acción de las Quijadas el 2 de Enero de 1841.

Sucedio lo que debia suceder: Ejércitos regulares contra milicianos sin armas, aunque les sobrase entusiasmo y valor, tenían éstos que ser vencidos, y lo fueron.

El noble esfuerzo fracasó, y los derrotados, para salvar siquiera su vida, tomaron rumbo a Chile o al Desierto.

Entre los que fueron a las Corderias estaban los hermanos Francisco, Juan y Felipe Saá, generales más tarde los dos últimos, el después coronel Baigorria (de los cuales en otra ocasión hemos hablado extensamente), y el sargento Carmen Molina. Este último de quien vamos a ocuparnos ahora, era un fornido moçeton, ágil, hábil finete y con fama de guapo, por así habérlo confirmado en el reciente combate, en que peló con entusiasmo, pericia y valor, y por cuyo motivo podia llevar con legitimo orgullo el grado de sargento: se habia batido, según sus compañeros, con tanta bizarría y serenidad — que, labriase dicho que para él ese entrevé de la muerte era como una fiesta — tal, si se hubiere asistido al lado aparte de una hiena.

Arreancado habia sido Molina de su hogar, — Arreancado no, porque los que se enrolaban en las filas de la Cruzada Libertadora eran voluntarios — mejor diriamos arreancado por el vértigo de un ideal en contra de la tiranía que ensangrentaba al país.

Allí iban, como dijera Andrade: «... Donde más fuerte la tormenta rugie

56 94

1

FOJA EN

BLANCO

X Tradiciones Puntanas

El Sargento Molina

Nadie ignora que la Cruzada Libertadora del general Lavalle produjo un estallido en toda extensión de la república, y en todas partes los buenos liberales respondieron con movimientos armados, para derrocar en las provincias algún seide del tirano. En San Luis, el 11 de Noviembre de 1840, Don Eufrasio Videla promovió la revolución a Don Romualdo Arce y Baldes, — delegado del gobernador José Gregorio Calderón. — sumiso teniente de Don Juan Manuel de Rozas.

El fraile Aldas, gobernador de Mendoza corre en auxilio de los depuestos, y el encuentro de los ejércitos tiene lugar en la Acción de las Quijadas el 2 de Enero de 1841.

Sucedio lo que debia suceder: Ejércitos regulares contra milicianos sin armas, aunque les sobrase entusiasmo y valor, tenían éstos que ser vencidos, y lo fueron.

El noble esfuerzo fracasó, y los derrotados, para salvar siquiera su vida, tomaron rumbo a Chile o al Desierto.

Entre los que fueron a las Corderías estaban los hermanos Francisco, Juan y Felipe Saá, generales más tarde los dos últimos, el después coronel Baigorria (de los cuales en otra oración hemos hablado extensamente), y el sargento Carmen Molina. Este último de quien vamos a ocuparnos ahora, era un fornido moce-ton, ágil, hábil finete y con fama de guapo, por así haberlo confirmado en el reciente combate, en que pelio con entusiasmo, pericia y valor, y por cuyo motivo podia llevar con legitimo orgullo el grado de sargento: se habia batido, según sus compañeros, con tanta bizarría y serenidad — que, habriase dicho que para él ese entrevivo de la muerte era como una fiesta, — tal, si se hubiere aristido alta aparte de una tierra.

Arreancado habia sido Molina de su hogar, — Arreancado no, porque los que se enrollaban en las filas de la Cruzada Libertadora eran voluntarios — mejor diriamos arreancado por el vértigo de un ideal en contra de la tiranía que ensangrentaba al país.

Allí iban, como dijera Andrade: «... Donde más fuerte la tormenta ruga

— 2 —

Se había incorporado, pues, dejando en San Luis a su pobre China abandonada y sin pan.

Puesto su pecho, después de la derrota entre el puñal de la magroca y la lanza del salvaje, — entre la crueldad del Indio y la de una civilización barbarizada, — prefirió las hordas, arrojándose hacia las soledades de la Pampa...; quizá para no volver más... Por lo menos, así lo pensaba su mujercita, la Infeliz Manuela, allí en sus largas horas de insomnio; así — en soliloquios de angustia, lo articulaba en entrecortados sollozos.

Pero el amor del gaucha argentino, que es muy noble y muy heroico, no está, en pasiones de esta clase, por debajo de ninguna de las que pudieran desencadenarse en un alma modelada al contacto de la mas refinada cultura social.

El sargento Molino, un día cruzó los médanos del desierto, — y a la hora en que las sombras envolvían en repúsculos y en silencio los suburbios de nuestra ciudad, — golpeaba rítmicamente con el cabo del talero la puerta de su rancho querido...

¡Oy yo, Manuela, ábreme...

¿Te has venido? Hasta hoy no hay indulto para nadie. A los que toman (2) los fusilan, Carmen (dijole con suprema angustia, apretándole las manos).

Es mejor que nos vamos... sí, que huyamos cuanto antes. ¿Pero adónde, Manuela? Ya sabes que sólo en los toldos, para los unitarios, hay asilo.

— ¡Dí, dí! A los toldos voy contigo!

Y cuando las primeras claridades del alba bañaban de luz los campos, el sargento Molina atravesaba los bosques del sur con dirección al cerro Varela, llevando a su mujer en ancas (3). Allí, muy lejos, tenía un caballo preparado para ella, para cruzar la travesía (4) solitaria.

Los indios ranquelinos, mandados por el cacique Epumer y Baigorria, invadían entonces muy a menudo nuestras fronteras; pero los puntanos emigrados se oponían a ello, les repugnaba y preferían robarle a Rojas y a López de Santa Fe, que al fin eran señores dueños de vidas y haciendas.

Esta negativa, sin explicación para los indios en su baja moral, hacía surgir una sospecha que iba creciendo de día en día.

En nuestro folleto Lanza Seca dijimos ya a qué obedeció la retirada de los cristianos de las Tolderías: Una noche, Juan Saá y los suyos, tras de seis

a años de supremos sufrimientos, furtivamente dejaron su campamento al an- donado(s).

El vargente Molina era quien habia traído varias cartas a las autoridades de San Luis, el que habia preparado la fuga, quien habia robado las mejores tropillas a los caciques y hasta los caballos de estima de Baigorria.

Molina fué el último en escaparse, con su mujer y sus tres hijos, nacidos en Buena Cidentro.

Como su fuga fué precipitada, no pudo seguir la marcha de la columna, y, para no ser alcanzado (persuadido de que los indios vendrian tras de la rastrellada), creyo prudente separarse de la ruta y buscar la costa del Rio Salado,

¿Cómo hacer jornadas a trote y galope, en terrenos guadalosos, bajo un sol abrasador, trayendo sus tres hijitos? Uno por delante, otro en ancas, y el tercero, de pecho, ¡ lo traia Manuela en los brazos!...

Habia, pues, que buscar los senderos que vibreaban en los bosques más espesos. Baigorria guardábase a Molina un profundo rencor. El habia robado las caballadas, traído cartas para el gobernador Pablo Lucero, él debería traer también muchos secretos del aduar salvaje.

- Hay que alcanzar a Molina, - habia dicho Baigorria a sus capitanes - porque es un gaucha muy picaresco, tiene que ir rezagado... y como sé que no hade rendirse, me traen la mujer y los cuartos del bandido.

Sigiósele al rastro durante tres jornadas, hasta que se vió que, en busca de agua, se aproximaba hacia el rio Salado. Las huellas eran frescas y no debería llevar sino algunas horas de adelanteria: si él huia, a lo menos se le capturaria la familia...

Mientras la partida ofateaba las pisadas al infeliz cristiano, presentábase un acontecimiento inesperado, que les ahorrara la persecucion, que les evitara volver con el fardo de mutilados miembros, pues ya hay quien dará cuenta de él.

Se detienen de repente, mirando al suelo: ¿ que sucede?

Sobre el rastro de los caballos de Molina van las pisadas de un tigre formidable.

Es un tigre cebado(s), indudablemente, pues se nota que trotea, se detiene, gira, despues husmeando, y continúa en seguida con sus largos pasos de felino.

- Si, - dicen todos: - es el tigre cebado que ya lo lleva muy cerca...

aquí, va dando saltos, y esto lo hace cuando ya adivinado su presa.
— ¡Ja nakuel habla alcanzau! Notando huinca trehekua, dijo uno de los indios (7). Entonces no hay para qué seguir: el tigre habrá dado cuenta el cristiano traidor...

Se volvieron de allí; quizá pensaron que se ahoraban algunas cuchilladas del veterano sargento.

Llevaron pues, el parte a Baigorria de que Molina y los suyos habian sido devorados por el tigre.

¿Qué ocurría entretanto? ¿En realidad éste le había dado alcance y devorado, como era la consecuencia natural?

Cuando Manuela oyo, como a cinco cuadras, el bramido de la fiera, dijo:

— Estamos perdidos, Carmen; ¡es el tigre!

— Si, ya le oido también; pero no tengas miedo, mi hijita: eres que tenemos tiempo de llegar a aquel calden: llevo todavía un tiro en el trabuco.

Galopó un poco.

Manuela llevaba su hijo más pequeño sobre la sábecera del resado (8), sosteniéndolo con el brazo izquierdo.

Llegan al árbol y se desmontan rápidamente.

— Subite arriba del monte (9), yo te alcanzaré los niños... y ahora voy a retirar un poco de caballos... tengo tiempo... el tigre debe estar a más de cuatro cuadras, según oigo los bramidos.

É fue a un renewal (10) próximo, ocultó las cabalgaduras, y volvió corriendo al pie del calden.

Manuela, desde arriba, divisaba al tigre a menos de una cuadra de distancia, que venia trotando y rugiendo.

— Subi, Subi pronto, Carmen, que ya viene cerquita, dijo la mujer toda temerosa.

— Si no voy a subir mujer; aquí lo voy a pelear de a pie...

— Subi, Carmen, por Maria Santisima... de aquí arriba podés tirarle lo mismo...

— ¡No eres que si le yerro irá a comernos los caballos y nos dejará de a pie? yo necesito matarle, aunque sea a facon.

— Entonces yo también me bajaré; puedo pegarle un garrotazo siquiera...

— No, no quiero, — respondióle el sargento Molina con energía — porque sabia que Manuela era capaz de descender del árbol. Si en el salto me embroma — añadí — pos hemos de trenzar... y entonces, vivos, no hade quedar... y vos te escapás... seguí el rumbo de aquel cerro azulecito que se ve: es el

Varala...

J Molina se quedó al pie del árbol tronco, con el brazo izquierdo envuelto en su poncho, su puñal al alcance de la mano, y su arma de fuego lista para disparar. Debía ser un cuadro lleno de silencio, pero épic-

El tigre llegó minutos después: largos como un año, porque eran minutos de agonía para la pobre mujer y los inocentes niños.

Nuestro héroe estaba también en acecho, con la mirada clavada sobre los ojos de la fiera: dicen que aquel animal también tiene miedo cuando lo miran con firmeza y coraje.

Los últimos treinta metros los hizo de cuatro saltos... mas, en el último, un estampido turbó la soledad del desierto.

Herida aquella, dio un potente brinco, y giro derramando sangre, pero avanzó aún dando un estridente rugido.

- ¡Oiganle a la maula! - exclamó el sargento, abandonando el trabuco y arremetiendo resueltamente con su puñal.

El tigre no podía saltar ya: tiraba zarpaos sin gobierno. Tres segundos después, el gallo alargó el poncho sobre los ojos, y tras de él hundió el cuchillo en el corazón...

Rodó la fiera de los borques... mientras del árbol descendían seres queridos transformando el llanto del dolor en lágrimas de gozo.

No me imagino un abrazo de mas suprema emoción.

Dos meses después, el sargento Carmen Molina, ya en tierra de cristianos, peleaba bravamente al lado de los capitanes Juan Saá e Guido Torres, contra la invasión que los indios trajeron, en el combate de la laguna amarilla.

- ¡Ki los tigres, aijuna! - gritó Baigorria, al reconocerle en las primeras cargas del entrevés.

Nota: Un hijo del sargento Molina acompañó al autor de este artículo en la revolución de 1839. Recuerdo que al ver que me aproximaba haciendo fuego a una de las ventanas del cuartel de policía, me apartaba con cariño, diciendome: «No se allegue tanto niño; defense a mi solo nomas...»

¡¡Llevaba sangre de valiente en las venas!!

N. J.

Notas de llamadas

- (1) Argentinismo. decimo guapo, de un valiente o temerario.
- (2) Decimo tomar preso, por prender.
- (3) A horcajadas a la grupa, dice la academia.
- (4) Argentinismo campo de ciertos y sin agua.
- (5) En este lugar, que siguió llamándosele
- (6) Llamam cebrado cuando se ha acostumbrado a cazar seres humanos
- (7) Nahuel, tigre; ilotear, comer; huincá, cristiano o persona; trechelú, perro
- (8) Recado o montura. Recado es mensaje
- (9) Monte. Llamamos así a un árbol salvaje.
- (10) Perceval. Llamamos así a un bosquecillo de retños, o árboles nuevos.

Crucel Alternativa

20/10/00

La escua había sido rápida; Luis Toledo, un indio concutino de triqui-
gua fama, había notado por el suelo atravesado el corazón de una puma
Pada.

En una mala estraza - le habían dicho a Contreras - hay que matarlo
- y había aprovechado la advertencia. Al primer insulto por el solo ademán
del indio para sacar el saice, Contreras se se había ido al humo con
energía. Inmediatamente montó en el primer caballo que encontró
a mano en el palenque, y contando con la dirección de los turtulha-
nos, se alejó entre las coullas de la noche, con rumbo al monte.

El sargento Ramos al cargo de la esmirada del distrito, cogaba
fama de activo y tenaz y había que huir y alejarse antes que fuera
ra parte en el asunto.

Celoso toda ^{esa} noche. Antes de clarear dió un respiro a su caballo
y con el alto siguió su camino, imaginándose ya que era perseguido.

Al caer la tarde llegó al fin, al límite de la selva, donde se levan-
taba el pajonal que en ese instante, en un seno impenetrable, represen-
taba el refugio y la libertad. Bajó del caballo, que temblaba de fatiga,
y mirando hacia el oeste, donde nada se distinguía en la quietud
de la tarde con el camino polvoriento, se puso las dos manos en los
cavillos y dió tres alaridos salvajes que resonaron como fogones de
clarie en el bosque. Era la Puella de la partida de policía que
sospechaba y el salido a su libertad conquistada.

Pero inmediatamente, como si fuera el eco, contestó un rugido sordo
que rodó sobre el pajonal haciendo estremecer.

¡Maldita suerte la huir, - exclamó Contreras. - Me no libe del sargento
Ramos y caigo en manos del tigre; ¡Pura suerte!

Se tautó la cintura donde relucía la daga, acarició la empuñadura como asegurándose de tenerla a sus órdenes y en seguida quitó las riendas del caballo y dándole unas palmadas en elanca dijo:

¡Ayase amigo, que no puede más, y gracias por lo que me ha servido.

El caballo que al oír el ruido del tigre había enderezado las orejas y resoplado sordamente, al sentirse sin las trabas del freno y del apero, se orientó y rápidamente, dando espaldas al pajonal, se alejó al trote camino del monte.

Maldita suerte; el tigre está en el pajonal y tengo que entrar no sé, porque en el monte no hay ni que pensar, perseguido por Paucos.

Miró hacia el camino y allá lejos, cerca del horizonte, alcanzó a divisar una nubecilla de polvo muy tenue, pero que avanzaba.

Ya está sobre el rastro y voy a tener que pelear contra la partida o matar al tigre.

Reflexionó un momento, calculando en su situación cual de las dos luchas podría serle más favorable, y resueltamente cargó con el rocío y daga en mano, se hundió en el pajonal, donde la sombra del orepiñuculo era ya oscura y, para pasar, empezó a intenuarse, despierta la atención, aguzado el oído y todo el cuerpo crispado en la espera del combate.

El rugido sordo y aterrador del tigre, mezclado de alarido y de lamento, se hizo oír otra vez. Constrinas se detuvo, coló el apero en el suelo, se curvó el brazo izquierdo en la manita y agazapado, la daga en la derecha, esperó el ataque que presentía.

Y el rugido rodaba cada vez más cercano, cada vez más metálico y más

colinas. Su oído en turión le trajo el rumor de las pajas separadas bruscamente, y al propio tiempo también el acentuado sonido del galopar de caballos en el camino. Era la partida perseguida que se acercaba.

La noche había ya cerrado. Todo su alrededor empezaba a tomar igual forma y sentía que la lucha con el tigre sería para él, cada minuto que pasara, más desventajosa.

De pronto se agitó involuntariamente el mazo de paja brava que tenía al frente, y abazapado, en actitud de dar su salto formidable, vio al tigre frente a frente.

- ¡Tigre que ataca, tigre cebado, - murmuró, - y en el propio instante revió la arremetida. El brazo izquierdo, despedido por la ^{caída} ~~caída~~, recibió el primer garfazo seguido del choque. Con toda la fuerza de su mudo brazo y al bajar casi, Contreras hundió su daga en el cuerpo de la fiera. Sentía vagamente que el acero entraba en cuerpo blando. El brazo izquierdo, como tomado por dos truzgas de hierro, le dolía atrozmente, lo sentía triturado, tenía la sensación de que le arrancaban el brazo.

Todo era silencio; ni la fiera rugía, ni el hombre exhalaba una queja. La oscura noche se desarrollaba sin más testigo que la oscuridad de la noche que todo lo envolvía. Contreras se sintió desmayar y cayó en la nada! Al día siguiente, cuando despertó, el cadáver del tigre le servía de almohada; la mano crispada empuñaba todavía en la diestra la daga que había herido la fiera en el corazón.

Bebió de un charco próximo, en la halla de la mano, un poco de agua barrosa y volvió a desmayarse murmurando:
¡Fuerte fiera!